

# De médicos y medicina en la obra de Lope

Pedro R. García Barreno  
Real Academia Española

A pesar del éxito espectacular de la medicina científica, numerosos problemas con los que se enfrenta el médico no tienen soluciones técnicas, científicas. La mayoría de las preguntas antes apuntadas son de esta clase; son cuestiones legales, éticas o morales. Exigen, más que un conocimiento formal, otro filosófico; una experiencia tradicionalmente relacionada con la literatura. Con demasiada frecuencia el profesional bien entrenado no está bien educado. Esta alienación es el precio que pagan los médicos por su ilustración científica y su capacitación tecnológica. Si reconocemos las falsas bifurcaciones y la idolatría del cientifismo, la literatura puede ser una ayuda eficaz a la hora de buscar soluciones que afectan directamente a nuestra condición humana y el espacio para imaginar cómo encontrarlas. La imaginación nos libera de lo inmediato y nos permite encarar lo desconocido. La literatura despierta y estimula la imaginación, y ello es básico para tomar decisiones éticas. La amplitud de perspectivas es el *sine qua non* para elegir y decidir. La literatura está en condiciones óptimas para mostrar la realidad humana de la medicina. Lejos de la artificialidad, la conjunción de literatura y medicina es natural e incluso esencial.

Los médicos invierten media vida en medio de la narrativa: escuchan historias, interpretan relatos, observan gestos, descifran síntomas, atribuyen causas, sugieren tratamientos y avanzan pronósticos. En un libro ya clásico en el tema, Enid Peschel<sup>1</sup> ofrece las reflexiones sobre las alabanzas y las críticas de las afinidades entre medicina y literatura. En los ensayos allí recogidos se ofrece una variedad de puntos de vista sobre el amplio rango de las conjunciones entre el arte de escribir y el arte clínico. Se examinan la visión especial de médicos que ocuparon gran parte de su tiempo en la literatura, como William Carlos Williams y Richard Salzer; las descripciones del envejecimiento o de la enfermedad, hechas por escritores creativos como García Márquez, Thomas Mann o

Marcel Proust; la imagen del médico en Albert Camus, Louis Ferdinand Céline, Roger Martin du Gard y Gustave Flaubert, o los poderes curativos del lenguaje en los ensayos de Geoffrey H. Hartman y Gian-Paolo Biasin.

Ningún escrito médico –historia clínica o informe– evoca la experiencia de la enfermedad con la intensidad conseguida, por ejemplo, en las descripciones de Homero de las laceraciones y secuelas de las heridas infligidas por lanzas y flechas en la *Ilíada*, o de una herida abdominal abierta en el *Martín Fierro*. De la confusión entre demencia y genio en el cerebro de *Adrian Leverkühn*, de Thomas Mann, de la sensación placentera provocada por una enfermedad moderada en *On Being Ill*, de Virginia Wolf, o de las indignidades sufridas por el agónico *Ivan Illich* en las manos de sus paternalísticos doctores.

¿Existe mejor manera de ayudar a que los estudiantes sientan las satisfacciones, las dificultades, las manías y los fracasos del quehacer médico que a través de las descripciones de la especie *Homo medicus*? Pocos retratos de seres humanos son tan mordaces como aquellos de los médicos en los *Epigramas* de Marco Valerio Marcial, en las cartas de Petrarca, en *El dilema del doctor*, de Bernard Shaw, o en *Wonderland*, de Joyce Carol Oates. Por otro lado, pocas personas han sido retratadas con más compasión que el doctor Tertius Lydgate, en *Middlemarch*, de George Eliot, el doctor Bénssais, en *El médico rural*, de Balzac, o el doctor Joaquín Monegro, en *Abel Sánchez*, de don Miguel de Unamuno.

Esencial y provechoso para la historia de la medicina. Un documento literario no tendrá nunca el valor de exactitud de un código científico, pero, por estar inspirado en la directa observación de la realidad, proporciona el subsuelo histórico sobre el que, en cada época, arraigó la medicina científica. Nunca será posible llegar al total conocimiento de la medicina en un periodo determinado, si se prescinde de los documentos literarios. Y esencial y provechoso para recordar que la tecnología y la especialización han arrollado la tradición humanística de la medicina. Recuperar el interés por la literatura puede ser el comienzo de una clase de microrrenacimiento; y como cualquier renacimiento, el proceso implica redescubrimiento; descubrir lo que nunca debió olvidarse. Y que mejor estímulo para recordar que el catálogo que tienen en sus manos.

«¿Seré médico? No tengo  
conciencia para curar,  
porque esto se ha de estudiar;

iy yo tan forzado vengo!  
¿Y si por descuido mío  
se muere el enfermo acaso,  
y por no estudiar el caso  
le receto un desvarío?  
Si le sangro sin por qué,  
o purgo sin saber cuándo,  
y a su mujer, ya expirando  
digo que a comer le dé,  
¿ es buen oficio, señor?  
¿ ganaré bien el dinero?»<sup>2</sup>.

En la literatura crítica, la descriptiva y aun la de ficción no escasean los elogios debidos a esta Ciencia:

«¡Oh alegre y dichoso estado!  
Si la cabeza me duele  
tengo al fin quién me consuele  
[...]  
mira mi hacienda y regala  
es médico y es consuelo»<sup>3</sup>.

Sin embargo, por razones del lenguaje unas veces y algunas más por otros motivos, el médico ha sido objeto de críticas frecuentes. *¿Por qué siendo la Medicina una noble aspiración al bienestar humano, al remedio del dolor y a la prolongación de la vida, la literatura y el arte se han encarnizado en satirizarla?:* «[...] casi siempre que los literatos y escritores en general se ocupan de la Ciencia de curar, de sus sacerdotes y de sus efectos, lo hacen con tono de crítica, cuando no con acritudes de censura o mortificaciones de incriminación [...] y eso lo mismo en la Roma republicana que en la de los Césares; en Atenas como en los campamentos de Alejandro; en la Italia del Renacimiento como en la Francia de Luis XIV y en la España de los siglos dieciséis y diecisiete en el Romancero como en el Teatro, en la Novela como en el Tratado místico y hasta en las Artes plásticas y representativas»<sup>4</sup>.

Pedro Recio es el fantasma que turba el disfrute de los apetitos y esto es insoportable para el agradable engaño en que la humanidad se deleita y adormece. Sancho conserva el recuerdo de su Tirteafuera como memoria amarga entre todos los sinsabores de su breve gobierno; perdona y olvida todo menos el *médico necio* que interpone su varita negra –en

la significación y en la color- entre el manjar aristocrático y su hambre de villano. «Si Sancho hubiera podido leer a su contemporáneo Shakespeare –“el neurólogo de Avon”–, de fijo hubiese preferido en su banquete la sombra de Banquo representando un remordimiento, a la de Pedro Recio, significando una privación, y como Sancho, piensa, aunque no lo confiese, y procede, aunque no se dé de ello cuenta, la sociedad entera».

De Mateo Alemán, médico e hijo de médico, en su *Guzmán de Alfarache*, es lo siguiente: «Tal se me presentó su cara como la del deseado médico al enfermo. Digo deseado porque como habrás oído decir, tiene tres caras el médico: de hombre, cuando le vemos y no le habemos menester; de ángel, cuando dél tenemos necesidad, y de diablo, cuando se acaban a un tiempo la enfermedad y la bolsa, y él por su interés persevera en visitar». Cervantes mantiene siempre la distinción entre los buenos y los malos médicos cuando de ellos se ocupa. En *El Licenciado Vidriera*, después de citar el laudatorio pasaje del Eclesiástico, dice aquel: «Esto, dice, dijo el Eclesiástico de la Medicina y de los buenos médicos, y de los malos se podría decir todo al revés, porque no hay gente más dañosa a la República que ellos». En la obra imperecedera de Cervantes no resultan mal parados, ni la Ciencia del divino Hipócrates, ni sus cultivadores profesionales.

Luis de Góngora, que con Quevedo comparte la palma de la poesía satírica de la edad de oro, no desaprovecha ocasión para ridiculizar a los galenos. De sus *letrillas*:

«Que el médico laureado  
En sus curas salga cierto  
Más por los hombres que ha muerto  
Que no por los que ha sanado;  
Que de un dolor de costado  
Con ventosas y sangrías  
Despache un hombre en tres días  
Y que le paguen la cura,  
*¡Válgame Dios, que ventura!*».

Quevedo fustigó en todos sus escritos los defectos, vicios y corruptelas de la sociedad que le rodeaba. Contra los médicos se desató, fustigando indirectamente la pobre medicina de aquellos tiempos<sup>5</sup>. En el *Libro de todas las cosas y otras más*, después de decir lo tantas veces dicho, que el médico quita la vida al enfermo o le acelera su desenlace, explica Quevedo,

cómicamente, cómo ejercían los galenos de entonces: «Dos refranes para entrar en casa. El “¿qué tenemos?” ordinario [...] Y luego decir: Bien se conoce [...] Sangrarle y echarle ventosas, y hecho esto una vez, si durare la enfermedad, tornarlo a hacer, hasta que o acabes con el enfermo o con la enfermedad. Si vive y te paga, di que llegó tu hora, y si muere di que llegó la suya [...]». En la *Visita de los chistes*, después del proemio, entra a satirizar a médicos y boticarios de forma descarnada. Y en *La hora de todos*, en cuyo prólogo dice que va «a hacer reír con enfado y desesperación», describe un coloquio aristofanesco entre los dioses del Olimpo. La Fortuna le dice a Apolo: «Vete a madurar pepinos y a proveer de tercianas a los médicos». Pero la mayor inquina de Quevedo contra los médicos pudiera derivar de cierta polémica que llegó a precisar intervención judicial por una morosidad en el pago de una factura. Téngase en cuenta que es el autor de *La historia y vida del gran tacaño*. En el *Parnaso Tersícore*:

«El doctor en medicina  
más experto y más bizarro  
es de condición de carro,  
que si no le untáis rechina.  
Al pulso la mano inclina  
y quiere, ved qué invención,  
que le den bello doblón  
por infernales bebidas».

No podía quedar ajeno Lope de Vega a la norma general establecida por los escritores del Siglo de Oro, de fustigar sin piedad a los hijos de Esculapio, tal como ha quedado recogido. Porque igual que Cervantes confiesa que él tiene fe en la medicina, aunque duda en su aplicación por los médicos, lo da a entender Lope en sus versos, lo mismo que el resto de los escritores de la época. Si alguna excepción hay, la representa Quevedo.

Lope, que no duda en afinar el escalpelo, compensa por otra parte el consuelo de frases enaltecidas, serenas, en las que saca a luz su admiración y respeto por la profesión médica. No duda sobre la dependencia entre enfermo y médico:

«Y así como la salud  
al médico está sujeta [...]»<sup>6</sup>.

«No teme su enfermedad  
quien al médico la encubre»<sup>7</sup>.

y

«Que al enfermo que no quiera  
al médico obedecer,  
no le queda que argüir»<sup>8</sup>.

Lope admite que la primera providencia es un simple «¡Llama al doctor!»<sup>9</sup>, o «¿Qué dice de aquel enfermo nuestro doctor»<sup>10</sup>; y también escribe: «Es el médico el oficio de más confianza»<sup>11</sup>; para acabar diciendo: «hombres virtuosos que saben el alma de las cosas»<sup>12</sup>, y apostilla:

«Los médicos son buenos siendo honestos  
con canas y vergüenza, ciencia y años,  
y con buena opinión entre la gente»<sup>13</sup>.

Hasta ahora la cara; toca a continuación la cruz:

«No tienen tantos difuntos  
las espadas y las manos,  
todos los fieros tiranos,  
todos los médicos juntos»<sup>14</sup>.

«Nueve vidas ha quitado.  
-Vos la ocasión habéis dado.  
(¿No mata más un doctor?)»<sup>15</sup>.

«[...] que, ¡por Dios!, que mata más  
que un doctor de medicina»<sup>16</sup>.

«¡Ah, médico cruel, viles engaños  
de botica, pesar de quién consiente  
médicos ni botica! ¿Que tal vida  
se confíe de ciencia no sabida!»<sup>17</sup>.

Puede insistirse: es contra de los malos médicos, no contra los virtuosos ni contra la ciencia, la burla y el denuesto de los literatos. Otros puntos de ataque son los honorarios y el lenguaje rebuscado:

«Jamás visita temí  
que de médico no fuese;  
que viniendo (aunque me pese)  
por él, dice que por mí»<sup>18</sup>.

«¿No has visto tú con la prisa  
que un médico sin mirar  
recibe cualquier moneda,  
y después, puesto en la mula,  
registra la faltriguera  
para ver lo que le han dado?»<sup>19</sup>.

«Doctor,  
¿no habrá un medio por medio?  
-*Récipe* para esa tos  
*aquam* de guardar *doblonis*,  
*sirupi conversationis*  
de otra mujer, *uncias dos*,  
que con esto y *fregatorum*  
de *piernis*, esa inquietud  
cesará, y tendrás salud  
*in saecula saeculorum*»<sup>20</sup>.

Otro aspecto tratado por Lope es la posición de la profesión, en ocasiones unidas varias artes, aunque la distinción era clara:

«¿Y vos quién sois?  
-De mil modos  
soy en el lugar dotor.  
-¿De mil modos? ¿De qué suerte?  
-Soy boticario, barbero,  
albéitar, dotor y espero  
ser comadre.  
-Oficio fuerte»<sup>21</sup>.

«Cuando hacéis un escritura,  
¿no llamáis a un escribano?  
¿no os sangra un cirujano?  
y el que es médico ¿no os cura»<sup>22</sup>.

También escribe Lope sobre la figura del galeno. La mayor parte de las veces en que aparece en escena se limita a escribir: «Sale Filipo, médico, con un vaso y una tohalla»<sup>23</sup>; o «Salen el Corregidor, el fraile, el jeque y los caballeros y el médico»<sup>24</sup>. En otras ocasiones es más explícito: «Sale Beltrán, de médico, con gorra, capa, guantes y sortijas»<sup>25</sup>.

Y compañera inseparable del doctor es su mula:

«Porque sin dinero y galas,  
es lo mismo, y aun peor,  
que estar sin mula un doctor,  
un mosquetero sin bales,  
sin el vino el tabernero»<sup>26</sup>.

La posición social del médico no la olvida Lope:

«¿Cuál médico, mate o cure,  
no tiene bien qué comer?»<sup>27</sup>.

«¡Qué buena está doña Inés!  
-Gallarda viene  
de talle y galas después  
que casó con el doctor»<sup>28</sup>.

Salen también en la obra de Lope problemas que nos siguen preocupando: la falta de médicos en los pueblos:

«El Concejo escomenzad.  
-Primeramente querría  
que un médico se trujese  
y salario se le diese,  
que no es bien que cada día  
vayan con los orinales  
las mujeres a la Corte  
que más se paga de porte  
que acá costarán los males.  
Y como el pulso no va  
en la orina, y todo es nada,  
porque toda alborotada  
es justo que llegue allá,  
querría que aquí viviese,  
y cara a cara curase,  
y que el pueblo se animase  
a que salario se diese»<sup>29</sup>.

Respecto al acto médico comienza este con la visita, temprana debía de ser<sup>30</sup>. El pulso es lo primero que el médico investiga<sup>31</sup>. A continuación

comienza el interrogatorio:

«¿No has visto preguntar luego  
a un doctor: “¿Vuesamerced  
tiene bascas? ¿Tiene sed?  
¿Siente algún desasosiego?  
Saque la lengua”, y así  
otras cosas semejantes?»<sup>32</sup>.

Y la actitud del enfermo ante el médico:

«Flaco, amarillo, lánguido y sediento  
tiene el enfermo ardiente calentura;  
con vivas ansias su salud procura,  
que es el último fin de su contento.  
Con discursivo y alto entendimiento  
del físico de su mal la causa apura,  
empieza luego la difícil cura  
y con celeste favor logra su intento.  
La enfermedad más fiera y detestable  
si su maligna causa bien se explora  
entendida una vez, será curable.  
Por mi cruel mal que el alma llora  
sin duda alguna es irremediable,  
pues que la dulce causa de él se ignora»<sup>33</sup>.

El médico se ha marchado de la cabecera del enfermo. La medicina llega de la farmacia:

«¿No has visto alegre probar  
un enfermo, Serafina,  
una inútil medicina  
con que pensaba sanar»<sup>34</sup>.

«Tal vez el enfermo huye  
la purga que le provoca  
luego que el labio la toca;  
mas como sanar procura  
sin quitarle de la boca»<sup>35</sup>.

Por aquellas fechas dominaba la doctrina de los contrarios:

«Todo el mal, y más el mío,  
curan contrarios mejor.  
Con calor se cura el frío  
y el frío cura el calor»<sup>36</sup>.

Y la de los remedios simples —cualquier material, de procedencia orgánica o inorgánica, que sirve por sí solo a la medicina o que entra en la composición de un medicamento. Los campos y los bosques han sido las grandes farmacias del hombre, antes de que existieran alquimistas y boticarios— como hierbas, piedras y metales sin olvidarse del oro:

«Las piedras y hierbas tienen  
con las palabras virtud;  
si vos pretendéis salud  
todas las tres os convienen»<sup>37</sup>.

«Llévela sobre mis brazos,  
donde con ansiosas penas  
la dejé, y con tierno llanto  
busqué por el monte hierbas,  
bajé del cielo piedad  
para curalle con ellas»<sup>38</sup>.

«Es el oro la nobleza  
tan antigua como el mundo;  
es del mundo la belleza,  
es nuestro padre segundo  
después de la Naturaleza.  
Es hijo del sol hermoso,  
es antídoto dichoso  
contra la melancolía;  
es de la vista alegría  
y a la salud provechoso.  
¿No has visto el oro potable?  
Pues ¿qué cosa a nuestra vida  
puede ser más saludable?  
En la comida y bebida  
nos causa aumento notable»<sup>39</sup>.

O la purga y la sangría, último sambenito colgado por la literatura del diecisiete a los médicos:

«Ea, pies, alto: al arado,  
seguid la huella del buey.  
¿No es mejor que tras la ley,  
como avariento letrado?  
¿O tras la purga y sangría,  
como los médicos van?»<sup>40</sup>.

«No revuelven los humores,  
la purga de una botica  
tan apriesa como un miedo.  
En batalla andan mis tripas»<sup>41</sup>.

Los venenos también son ampliamente mencionados. La sinonimia es variada: veneno, tósigo o ponzoña:

«Las entrañas se me mueven;  
¿qué es aquesto que me has dado?  
Aqueste fuego me aplaca  
si eso puedes iay de mí!  
Ya no puedo alzar el grito,  
ya me consumo y deshago.  
Ya el fuego sojuzga y doma  
mi aliento; iay, triste, ya muero!»<sup>42</sup>.

El antídoto más importante es la triaca (preparado polifármaco compuesto por varios ingredientes distintos (en ocasiones más de setenta) de origen vegetal, mineral o animal, incluyendo opio y, en ocasiones, carne de víbora. Se usó desde el siglo III a. C., originalmente como antídoto contra venenos, incluyendo los derivados de mordeduras de animales, y posteriormente se utilizó también como medicamento contra numerosas enfermedades, siendo considerado una panacea universal. Se popularizó en la Edad Media y, durante muchos siglos, se empleó con variaciones en su formulación, registrándose en las principales farmacopeas de la época hasta que perdió auge en los siglos XVIII y XIV.

«Que la triaca extremada tiene ponzoña cruel, que de víboras se saca»<sup>43</sup>.

«Y no me va tan mal con los principios,  
que no sienta mi alma mejoría,  
descanso el corazón, quietud de pecho.  
-¿Dónde has hallado, Leridano amigo,  
tan saludable antídoto al veneno  
que tanto tiempo el pecho te consume?  
¿Quién te dio la triaca, quien las hierbas  
con que comienza tu salud dichosa»<sup>44</sup>.

Como remate del universo terapéutico, los remedios contra hechizos y mal de ojo se resuelven en disparatadas parodias:

«Vuestra merced mande luego  
coger diez onzas de estrellas,  
seis libras de humo de estopas  
y dos de pelos de piedra;  
y aplicado a la barriga  
con un pedazo de estera  
para que no la lastime,  
no le dolerán las muelas»<sup>45</sup>.

Como expendedores de los remedios Lope también recuerda a los boticarios:

«Basta; que sois los amantes  
boticarios del amor;  
que, como ellos las recetas  
vais ensartando papeles.  
*Récipe* celos crueles;  
agua de azules violetas.  
*Récipe* un desdén extraño,  
*sirupi* del *borraforum*,  
con que la sangre *templorum*,  
para asegurar el daño.  
*Récipe* ausencia: tomad  
un emplasto para el pecho.  
*Récipe* de matrimonio:  
allí es menester jarabes  
y tras diez días suaves  
purgalle con antimonio.

*Récipe signum celeste*  
que *Capricornius dicetur*:  
ese enfermo *morietur*  
si no es que paciencia preste.  
*Récipe* que da una tienda  
joya o vestido *sacabis*:  
con tabletas *confortabis*  
la bolsa de tal emprende»<sup>46</sup>.

Latín macarrónico que remata:

«Y a escribir mil solecismos  
a Alcalá contra la guerra  
en un latín remendado  
que ningún hombre la entienda,  
y que a cualquier boticario  
pueda servir de recetas»<sup>47</sup>.

A parte de ocuparse del médico y su actuación, Lope se ocupa de la propia enfermedad y de la muerte. Lope nos habla de la enfermedad como destemplanza de los humores. Humor tirano es la causa de enfermedad; humores son los que corroen y gastan el cuerpo; en las venas se encierra la enfermedad:

«Serás como mala sangre que mata y está en las venas»<sup>48</sup>.

«De todas las enfermedades que en el transcurso de las comedias de Lope son mencionadas –apunta Agustín Albarracín Teutón<sup>49</sup>–, ocupa lugar privilegiado, tanto por la extraordinaria frecuencia con que aparece, como por la circunstancia de ser descrita con mayor detalle en su patología y sintomatología, la *melancolía*. Fiel reflejo, sin duda, de la vida interior de nuestro poeta, saturada de tristezas y pesares, como testimonian los numerosos pasajes de su epistolario al duque de Sessa»:

«Yo siempre ocupado en cosas de poca sustancia y cansado de mí mismo, no atiendo más que a esperar mi fin» [...] «pero nacimos algunos hombres con el estrella que la misma cuna nos sirvió de galera, y desde entonces vamos forzados en la vida hasta que la muerte nos dé libertad y descanso» [...] «también me divierto de mis tristezas con la amiga del buen nombre»<sup>50</sup>.

En cinco palabras sintetiza Lope su idea de la locura: «Es una loca sin alma»<sup>51</sup>. Y la privación de las facultades anímicas caracteriza la demencia:

«Si ya no tienes sentido,  
o el que tuviste a lo menos,  
¿cómo están los tuyos llenos  
de mi desdén y tu olvido?  
Si la memoria no mengua  
¿cómo el seso, que es ser loco?»<sup>52</sup>.

Cuatro manicomios son citados en la obra de Lope: el de Barcelona:

«Mandóme aquel caballero  
saber donde, aunque haya pocos,  
es la casa de los locos»<sup>53</sup>.

el de Zaragoza:

«¿No es famoso el hospital?  
-Todas las cosas lo son  
de esta ciudad generosa»<sup>54</sup>.

el de Valencia:

«Es aqueste hospital obra famosa  
entre las más que aqueste nombre tienen,  
que aunque el de Zaragoza lo sea tanto  
que pienso que con él competir puede  
éste puede a su lado alzar la frente  
por una de las siete maravillas  
que la piedad de este mundo ha hecho»<sup>55</sup>.

y de Toledo

«Será por curarte el seso,  
que en Toledo curan tanto.  
Al Nuncio quizá te envía  
por burlas de buen asiento»<sup>56</sup>.

Otras enfermedades «de la cabeza» que ocupan a Lope son la cefalalgia, la apoplejía y la alferecía (epilepsia):

«Duéleme algo la cabeza  
y entretenerme querría.  
-Como tanto al sol andáis  
iqué mucho que la tengáis  
indispuesta cada día»<sup>57</sup>.

«¡Ya ni siente, ni mira,  
ni tiene movimiento, ni respira!  
-Que no hay que pensar que es muerta»<sup>58</sup>.

«Era un alférez galán,  
po quien por puntos les daba  
a las niñas de mis ojos  
alferecía sin causa»<sup>59</sup>.

La obra de Lope se ocupa, también, de la patología ocular<sup>60</sup>, oral<sup>61</sup> y de la halitosis<sup>62</sup>. Escribe sobre el garrotillo<sup>63</sup> y del lamparón o escrófula<sup>64</sup>, del romadizo y la tos:

«¿Qué he de traerla de allá?  
-Mucho romadizo y tos.  
-Préstame para traello  
su pecho, señora Inés:  
iverá lo que traigo dello»<sup>65</sup>.

No presta mucho interés por la patología pulmonar; si, en cambio de las enfermedades del corazón que el poeta asocia a «imagen de la muerte»<sup>66</sup>. Hay referencias al aparato digestivo<sup>67</sup>, a la hidropesía<sup>68</sup> y al aparato urinario. La apreciación del color de la orina era uno de los requisitos indispensables de toda exploración clínica:

«Deja gallina el temor.  
-Déjolo y te desamparo;  
que pretendo mear claro,  
y diez higas al doctor»<sup>69</sup>.

Sobre el parto escribe Lope:

«Fue desdicha  
estar mala mi mujer  
de un preñado, aunque ha de ser  
para mí contento y dicha»<sup>70</sup>.

La opilación es un término recurrente:

«¿Qué tienes?

-Opilaciones

-Pues, ¿qué es estar opilada?

-Es un cierto no se qué  
que se ve y que no se ve»<sup>71</sup>.

Sobre el mal Francés, en la comedia «Juan de Dios y Antón Martín»<sup>72</sup>:

«Para los enfermos  
del mal de Francia tocados,  
va fundando un hospital.

[...]

Cuando a ser viejas llegáis  
venís a morir icuitadas!  
de un hospital a las puertas.  
Con excesivos dolores,  
dais voces, llagadas y hechas  
un muladar de gusanos.

[...]

Voces oiréis y gemidos,  
quejas, ascos, impacencias»

Lope conoce que la hospitalaria Orden de San Juan de Dios dedica sus cuidados a los enfermos contagiosos, son enfermedades que se pegan:

«Sarna, sarampión,  
tiña, lepra, lamparones,  
peste tabardillo y los  
demás achaques que curan  
los hermanitos de Antón Martín»<sup>73</sup>.

La distinción entre médicos y barberos o cirujanos, vigente aun en el siglo XVIII, tiene fiel reflejo en las obras de Lope. La cirugía, algo más valorada que los barberos, tenía su sede principal en Valencia:

«Rio sólo, y si no fuera  
en Valencia, que es hoy día  
reina de la Cirugía,  
en su tierna edad muriera»<sup>74</sup>.

«Un brazo suelen cortar  
porque perdido le ven,  
y su dueño no ha encendido  
el fuego que tiene en él»<sup>75</sup>.

También hace referencia a fracturas de la pierna<sup>76</sup>, de la cadera<sup>77</sup> o de las costillas<sup>78</sup>. En cualquier caso y como resumen:

«Que también enferma un rey de lo mismo que un villano»<sup>79</sup>.

La muerte tiene para Lope un sentido profundamente religioso. Dios, el dueño, pide; y tras la actuación de la enfermedad como ejecutora, la muerte cobra, dando fin a esta representación de la comedia humana: «La hermosura no vuelve, la edad siempre pasa, posada es nuestra vida, correo el tiempo, flor la juventud, el nacer deuda; el dueño pide, la enfermedad ejecuta, la muerte cobra»<sup>80</sup>.

La muerte «es un cesar de vivir»<sup>81</sup>. Lope, firmemente convencido de la inmortalidad del alma, añade: «La muerte es apartarse el alma del cuerpo cortando el nudo que los enlazó, y quedarse el cuerpo en cuerpo»<sup>82</sup>.

«Es toda la vida un sueño,  
y el sueño estampa y figura  
de la muerte»<sup>83</sup>.

La muerte es sencilla y llanamente, una sombra de la vida, autora de su perpetuo silencio, de perpetua ausencia y, como tal, una realidad sin consistencia.

«Tras de su edad placentera  
muere el hombre y se resuelve,  
y a ser ceniza se vuelve,  
que es su primera materia»<sup>84</sup>.

Sirva de final este epitafio —*De Erástenes médico*— escrito por Lope de Vega:

«Enseñé, no me escucharon;  
escribí, no me leyeron;  
curé mal, no me entendieron;  
maté, no me castigaron.  
Ya con morir satisfice.

iOh muerte! Quiero quejarme,  
bien pudieras perdonarme  
por servicios que te hice»<sup>85</sup>.

- 
- <sup>1</sup> Enid R. Peschel, ed. *Medicine and Literature*, Nueva York, Neale Watson Academic Publications, 1980.
- <sup>2</sup> Lope de Vega, *La niñez del P. Rojas*, acto 1.º, p. 290; ed. Real Academia Española, dirigida por Marcelino Menéndez Pelayo (RAE-MyP).
- <sup>3</sup> Lope de Vega, *Los comendadores de Córdoba*, acto 1.º, p. 129; ed. Biblioteca de Autores Españoles (BAE).
- <sup>4</sup> Carlos María Cortezo, *Discurso leído ante la Real Academia Española en con motivo de su recepción en la Real Academia Española*, p. 15. Madrid: Imprenta del sucesor de Enrique Teodoro, 1918.
- <sup>5</sup> Diversas obras de Quevedo, por ejemplo, en el *Libro de todas las cosas y otras más*, la proposición decimoquinta dice: «Para no morir jamás. No seas necio, que éstos sólo son los que se mueren, que a los desgraciados mátanlos las heridas; a los enfermos mátanlos los médicos; y los necios sólo se mueren a sí mismos». (Ver: «La sátira contra los médicos y la Medicina en los libros de Quevedo». Conferencia leída en la Fiesta del Libro por José Goyanes Capdevilla; Madrid, Academia Nacional de Medicina, Imprenta de J. Cosano, abril de 1934).
- <sup>6</sup> Lope de Vega, *Quien bien ama tarde olvida*, acto 1.º, p. 73; ed. Real Academia Española, dirigida por Emilio Cotarelo y Mori (RAE), IX.
- <sup>7</sup> *Íd.*, *Ya anda la de Mazagatos*, acto 1.º, p. 494; RAE, X.
- <sup>8</sup> *Íd.*, *Los milagros del desprecio*, acto 1.º, p. 236; B.A.E., 2.
- <sup>9</sup> *Íd.*, *El gran duque de Moscovia*, acto 1.º, p. 256; B.A.E., 4.
- <sup>10</sup> *Íd.*, *Los tres diamantes*, acto 3.º, p. 556; RAE-MP, XIII.
- <sup>11</sup> *Íd.*, *El acero de Madrid*, acto 1.º, p. 366; BAE, I.
- <sup>12</sup> *Íd.*, *Los locos de Valencia*, acto 3.º, p. 129; BAE, I.
- <sup>13</sup> *Íd.*, *Viuda, casada y doncella*, acto 2.º, p. 476; RAE, X.
- <sup>14</sup> *Íd.*, *El cuerdo loco*, acto 2.º, p. 399; RAE, IV.
- <sup>15</sup> *Íd.*, *Antonio Roca*, acto 1.º, p. 670, RAE, I.
- <sup>16</sup> *Íd.*, *El galán escarmentado*, acto 2.º, p. 135; RAE, I.
- <sup>17</sup> *Íd.*, *D. Juan de Austria en Flandes*, acto 3, p. 431-2; RAE-MP- XII.
- <sup>18</sup> *Íd.*, *San Diego de Alcalá*, acto 1.º, p. 515; BAE, I.
- <sup>19</sup> *Íd.*, *La noche toledana*, acto 1.º, p. 205; BAE, I.
- <sup>20</sup> *Íd.*, *De cosario a cosario*, acto 3.º, p. 499; RAE, III.
- <sup>21</sup> *Íd.*, *Nardo Antonio, bandolero*, acto 2.º, p. 460; RAE-MyP, XIV.
- <sup>22</sup> *Íd.*, *El halcón de Federico*, acto 2.º, p. 460; RAE-MyP, XIV.
- <sup>23</sup> *Íd.*, *Las grandezas de Alejandro*, acto 3.º, p. 348; RAE-MyP, V.
- <sup>24</sup> *Íd.*, *La tragedia del rey D. Sebastián*, acto 3.º, p. 554; RAE-MyP, XII.
- <sup>25</sup> *Íd.*, *El acero de Madrid*, acto 1.º, p. 367; BAE, I.
- <sup>26</sup> *Íd.*, *El paraíso de Laura*, acto 2.º, p. 369; RAE, VIII.
- <sup>27</sup> *Íd.*, *El asalto de Matrique*, acto 1.º, p. 442; RAE-MyP, XII.
- <sup>28</sup> *Íd.*, *La mal casada*, acto 1.º, p. 290; BAE, II.
- <sup>29</sup> *Íd.*, *El animal de Hungría*, acto 1.º, p. 424-5; RAE, III.
- <sup>30</sup> *Íd.*, *La locura de la honra*, acto 2.º, p. 301; RAE, VII.
- <sup>31</sup> *Íd.*, *La traición bien acertada*, acto 1.º, p. 40; RAE, X.
- <sup>32</sup> *Íd.*, *De cosario a cosario*, acto 3.º, p. 498-9; BAE, III.
- <sup>33</sup> *Íd.*, *Los nobles como han de ser*, acto 1.º, p. 106; RAE, VIII.
- <sup>34</sup> *Íd.*, *El poder en el discreto*, acto 3.º, p. 483; RAE, II.
- <sup>35</sup> *Íd.*, *La mayor vitoria*, acto 2.º, p. 229; BAE, III.
- <sup>36</sup> *Íd.*, *Los bandos de Sena*, acto 1.º, p. 540; RAE, III.

- <sup>37</sup> Íd., *La escolástica celosa*, acto 1.º, p. 450; RAE, V.
- <sup>38</sup> Íd., *El satisfacer callando*, acto 2.º, p. 290; RAE, IX.
- <sup>39</sup> Íd., *Los torneos de Aragón*, acto 3.º, p. 28; RAE, X.
- <sup>40</sup> Íd., *Pedro de Urdemales*, acto 1.º, p. 396; RAE, VIII.
- <sup>41</sup> Íd., *La adversa fortuna del muy noble caballero Ruy López de Ábalos el Bueno*, acto 3.º, p. 92; RAE, III.
- <sup>42</sup> Íd., *Fundación de la Alhambra*, acto 2.º, p. 21; RAE, VI.
- <sup>43</sup> Íd., *Las flores de Don Juan*, acto 1.º, p. 416; BAE, I.
- <sup>44</sup> Íd., *Belardo el furioso*, acto 1.º, p. 674; RAE-MyP, V.
- <sup>45</sup> Íd., *La hermosura aborrecida*, acto 2.º, p. 109; BAE, II.
- <sup>46</sup> Íd., *El perro del hortelano*, acto 2.º, p. 349; BAE, I.
- <sup>47</sup> Íd., *Pobreza no es vileza*, acto 1.º, p. 240; BAE, IV.
- <sup>48</sup> Íd., *La divina vencedora*, acto 3.º, p. 651; RAE, IV.
- <sup>49</sup> Agustín Albarracín Teutón. *La medicina en el teatro de Lope de Vega*, Madrid: CSIC, 1954.
- <sup>50</sup> González de Amezúa. *Lope de Vega en sus cartas*, p. 85, 92-3, 143. Madrid, 1940.
- <sup>51</sup> Lope de Vega, *Laura perseguida*, acto 3.º, p. 143; RAE, VII.
- <sup>52</sup> Íd., *Los cautivos de Argel*, acto 2.º, p. 243; RAE, IV.
- <sup>53</sup> Íd., *El abadillo*, acto 1.º, p. 5; RAE, III.
- <sup>54</sup> Íd., *El loco por fuerza*, acto 2.º, p. 272; RAE, II.
- <sup>55</sup> Íd., *Los locos de Valencia*, acto 3.º, p. 131; BAE, 1.
- <sup>56</sup> Íd., *Los comendadores de Córdoba*, acto 2.º, p. 278; RAE-MyP, XI.
- <sup>57</sup> Íd., *La corona merecida*, acto 3.º, p. 242; BAE, 1.
- <sup>58</sup> Íd., *La difunta pleiteada*, acto 2.º, p. 568-9; RAE, IV.
- <sup>59</sup> Íd., *La discreta enamorada*, acto 3.º, p. 173; BAE, 1.
- <sup>60</sup> Íd., *Los amantes sin amor*, acto 3.º, p. 173; RAE, III.
- <sup>61</sup> Íd., *El amante agradecido*, acto 2.º, p. 113; RAE, III.
- <sup>62</sup> Íd., *La prueba de los ingenios*, acto 2.º, p. 194; RAE, XIV.
- <sup>63</sup> Íd., *Fuente Ovejuna*, acto 2.º, p. 460; BAE, 3.
- <sup>64</sup> Íd., *La francesilla*, acto 1.º, p. 668; RAE, V.
- <sup>65</sup> Íd., *Los ramilletes de Madrid*, acto 2.º, p. 314; BAE, 4.
- <sup>66</sup> Íd., *Santa Teresa de Jesús*, acto 2.º, p. 482; RAE-MyP, V.
- <sup>67</sup> Íd., *Los melindres de Melisa*, acto 1.º, p. 318; BAE, 1.
- <sup>68</sup> Íd., *El milagro por los celos*, acto 1.º, p. 196; RAE-MyP, X.
- <sup>69</sup> Íd., *La fianza satisfecha*, acto 1.º, p. 365; RAE-MyP, V.
- <sup>70</sup> Íd., *Los Porceles de Murcia*, acto 2.º, p. 558; RAE-MyP, XII.
- <sup>71</sup> Íd., *La hermosura aborrecida*, acto 2.º, p. 108; BAE, 2.
- <sup>72</sup> Íd., *Juan de Dios y Antón Martín*, actos 2.º, p. 177; acto 3.º, p. 184-5; RAE-MyP, V.
- <sup>73</sup> Íd., *Enmendar un daño a otro*, acto 3.º, p. 319; RAE, V.
- <sup>74</sup> Íd., *La pobreza estimada*, acto 2.º, p. 150; BAE, 4.
- <sup>75</sup> Íd., *Donde no está su dueño*, acto 3.º, p. 35-6; RAE, V.
- <sup>76</sup> Íd., *La ley ejecutada*, acto 3.º, p. 193; BAE, III.
- <sup>77</sup> Íd., *El perro del hortelano*, acto 1.º, p. 345; BAE, 1.
- <sup>78</sup> Íd., *San Diego de Alcalá*, acto 3.º, p. 528; BAE, 4.
- <sup>79</sup> Íd., *Los pleitos de Inglaterra*, acto 1.º, p. 498; RAE, VIII; y *La corona de Hungría*, acto 1.º, p. 29; RAE, II.
- <sup>80</sup> Íd., *La Dorotea*, acto 5.º, p. 67; BAE, 2.
- <sup>81</sup> Íd., *Barlán y Josafá*, acto 1.º, p. 11; RAE-MyP, IV.
- <sup>82</sup> Íd., *Barlán y Josafá*, acto 1.º, p. 11; RAE-MyP, IV.
- <sup>83</sup> Íd., *El esclavo de Venecia*, acto 3.º, p. 350; RAE, V.
- <sup>84</sup> Íd., *La adversa fortuna de D. Bernardo Cabrera*, acto 3.º, p. 85; RAE, III.
- <sup>85</sup> Felipe B. Pedraza Jiménez. «Edición Crítica de las *Rimas* de Lope de Vega», v II, p.341. Universidad de Castilla la Mancha. Servicio de Publicaciones, 1994.